

VALORES CLÁSICOS DE AYER Y DE SIEMPRE

Juan Lorenzo

En unos tiempos en que se habla y se escribe tanto de valores y muchos lamentan la pérdida de determinados valores, me pareció conveniente, en un acto académico como el que hoy celebramos, volver la vista atrás hacia pautas de conducta que caracterizaron al mundo clásico, de donde venimos, pues valores que hoy se defienden y exaltan hunden allí sus raíces y, desde el mundo clásico, llegaron hasta nosotros por medio de la tradición cristiana sobre todo, aunque no sólo por esta vía; también la escuela y la tradición literaria no estrictamente cristianas constituyeron un puente entre la antigüedad y nuestros días, y sirvieron de vehículo de transmisión.

La lógica limitación del tiempo asignado me obliga a ceñirme a la consideración de unos cuantos valores que sociólogos y pedagogos creen que siguen teniendo vigencia hoy o que deberían de tenerla. No es mi intención trazar ningún camino por el que transitar en la vida profesional que ahora iniciáis. Mi propósito no tiene otra pretensión que la de mirar atrás y rescatar el recuerdo de valores que marcaron la conducta del ciudadano del mundo clásico e invitaros a reflexionar sobre si la práctica de esos valores puede tener vigencia en la actualidad y servir de ayuda en la nueva andadura por la que vais a transitar.

Por otra parte, he de advertir que, aunque la referencia es a un mundo en el que el protagonista es el hombre, sin embargo la utilidad de la práctica de los valores que vamos a recordar es extrapolable y aplicable al ciudadano del mundo actual, sea hombre o mujer, y no importa que se gradúe en "Español: Lengua y Literatura", en "Estudios Semíticos e Islámicos" o en "Filología Clásica".

1.- De entre los valores que hicieron grandes a los antepasados del mundo clásico sobresale, por encima de los demás, la alta estima al *trabajo* -el *labor*. El reconocimiento del valor del trabajo

fue una constante en el mundo antiguo, de manera muy especial en Roma. El apego que los latinos de los primeros tiempos -una comunidad campesina acantonada en el Lacio- tenían a la tierra explica que uno de los valores más apreciados fuera el amor al trabajo. La dependencia de una economía basada en el cultivo y en la producción de la tierra situaba el ideal del trabajo en una posición de prioridad en la escala de valores. Prueba de ello es que, cuando se quería alabar a alguien (en los "elogios fúnebres", sobre todo), se enaltecían más aquellos aspectos que estaban estrechamente relacionados con el carácter campesino y práctico de la Roma primitiva. Se exaltaban la aplicación y la laboriosidad demostradas a lo largo de la vida por quien era objeto de alabanza; se ensalzaba su ánimo decidido, el celo y la preocupación por los diversos asuntos, junto al coraje para soportar y superar las situaciones difíciles y complejas.

Y no sólo en Roma. Ya en Grecia, Hesíodo, en su obra de título revelador *Los trabajos y los días*, recoge una serie de sentencias y consejos que insisten en la necesidad de vivir del trabajo, y sitúan la ética del trabajo en primera posición en la escala de valores: "Quien vive inactivo es aborrecido por los dioses y por los hombres. A semeja al zángano que consume el penoso trabajo de las abejas. Procúrate un justo placer entregándote, en una justa medida, al trabajo. El trabajo no es ninguna vergüenza. La ociosidad sí es una vergüenza".

Y cuando, en vez del elogio, se hacía la *vituperación* de un personaje, el mejor modo de denigrarlo y de desprestigiarlo era echarle en cara los vicios opuestos a las cualidades que se ponderaban en el elogio. No se podía decir nada que hiriera más a un ciudadano romano que el reproche de pereza, negligencia, indolencia y cobardía, porque sabían que el éxito no es, o no acostumbra a ser, fruto del azar ni se alcanza gratuitamente, sino que, en todos los órdenes de la vida, es la recompensa al trabajo y al sacrificio.

El *labor* aparece en la vida romana no sólo como una necesidad para la supervivencia, sino como un rasgo fundamental de la existencia romana en general. Es esta exaltación del trabajo la que subyace a la intención de Virgilio, en las *Geórgicas*, de "recuperar el renacimiento de una ética enraizada en la tierra, el retorno a las virtudes y costumbres ancestrales sobre las que se había fundamentado la añorada grandeza de la antigua Roma. En esta obra de Virgilio el

trabajo no está considerado como un castigo divino, sino como un valor y una cualidad positiva del ciudadano que ha de ver en el esfuerzo el medio de superar todas las dificultades. La recompensa al esfuerzo hace cantar al poeta mantuano *labor omnia vincit / improbus* ("todo logra dominar el trabajo infatigable").

El ciudadano romano era consciente de que no podía obtenerse nada sin una buena disposición o sin un cierto grado de capacidad y de talento (*ingenium*), pero sabía que, al lado de las cualidades naturales, no podía faltar la lucha y el esfuerzo; incluso en el ámbito de las actividades intelectuales, para que una obra pudiera aspirar a la consideración de obra acabada y fuera merecedora de reconocimiento, tenía que sufrir el *labor limae*; había de ser revisada, corregida, pulida y perfeccionada. Sólo así una obra literaria lograría sobrevivir al paso del tiempo y podría alcanzar, en definitiva, la consideración de obra clásica.

2.- En un nivel de importancia semejante al del "amor al trabajo" han de situarse, cuando de valores clásicos se habla, otras pautas de conducta que los padres querían transmitir e inculcar en los jóvenes porque estaban convencidos de que sólo la práctica y la observancia de estos principios podían hacer de Roma un pueblo grande. La educación había dado entrada definitiva a lo que, con vocabulario moderno, llamaríamos *endurecimiento*. El joven, en lo que a resistencia física se refiere, no debía mostrarse sensible ni al frío ni al calor; debía ser capaz de pasar a nado, sin inmutarse, una corriente de agua fría e impetuosa, y de empeñarse en una lucha cuerpo a cuerpo con el enemigo. Sabemos, por documentos literarios llegados hasta nosotros, que una prueba de que la capacidad de sufrimiento y el aguante de toda clase de inclemencias conducen a la victoria la constituyen los abundantísimos retratos de personajes, en los que se valora muy positivamente, y por eso son objeto de alabanza, el endurecimiento, la resistencia física, y la constancia, para desarrollar actividades tanto físicas, como intelectuales. Basta recordar el conocido retrato de *Catilina* en donde el historiador Salustio lo describe como un personaje capaz de soportar el hambre, el frío, el calor y el sueño más de lo que es creíble.

3.- Al alto valor que se reconocía al trabajo y a la capacidad de sufrimiento iba unida la práctica de la *austeridad* y de un *modo de vida sencillo*, en el que no tenían cabida ni el lujo -que es causa de ruina para hombres y ciudades-, ni los placeres derivados de la molición y de una vida cómoda y regalada.

Porque era consciente del esfuerzo que le había costado la obtención de sus bienes, el ciudadano romano valoraba mucho el ahorro, pero sin que esto significara caer en la avaricia ni en la mezquindad, que eran considerados vicios tan despreciables como el derroche y la dilapidación. Procuraba conservar lo que había conseguido a costa de esfuerzo y de grandes sacrificios. No quiere decir esto que todos los romanos de todos los tiempos fueran austeros en su vida y ahorradores. La historia se encargaría de desmentir semejante afirmación, pues es conocido el desmedido gasto del último siglo de la República y en la época imperial. Pero, en general, el ciudadano romano, especialmente el de los primeros tiempos, procuraba conservar lo que había adquirido y se contentaba con lo que tenía, no porque no fuera ambicioso, dentro de los límites permitidos, sino porque no quería correr riesgos innecesarios. De la misma manera que, cuando alguien incrementaba el patrimonio, gracias a su esfuerzo y tesón, gozaba de una reputación mayor, así también se desconfiaba del beneficio obtenido de manera rápida, sobre todo cuando, para conseguirlo, era necesario correr determinados riesgos. El ciudadano de los primeros tiempos de Roma prefería vivir tranquilo y con seguridad dentro de sus posibilidades, sin renunciar a prosperar de una manera paulatina y ordenada, antes que lanzarse a la aventura empujado por una ambición desmedida. La audacia y la temeridad implicaban falta de reflexión y entrañaban múltiples peligros; de ahí que los términos *audax* y *audacia* tuvieran connotaciones negativas y se aplicaran a personas a las que se quería caracterizar negativamente, como hicieron Salustio con Catilina o Cicerón con el "violento" Clodio. Eran más partidarios de una vida segura dentro de los límites que a cada uno le marcaban sus recursos, por lo que el ahorro, la vida austera y la limitación de las necesidades son considerados rasgos esenciales del ciudadano y valores muy apreciados.

4.- Más tarde, a medida que se fue extendiendo la soberanía de Roma sobre los pueblos limítrofes, la dureza de estos primitivos valores se vio suavizada, y fue moderada por la *humanitas* que, a su vez, favoreció el desarrollo de otros valores. La *humanitas*, entendida como civilización, contribuía de manera decisiva a la transformación interna del hombre y a diferenciarlo del que vivía en estado salvaje. Todos los hombres pertenecen al género humano, pero no todos son igualmente "humanos". Desde este punto de vista, el mundo grecorromano constituía una especie de islote de civilización en medio de los bárbaros. La *humanitas* latina, lo mismo que la *paideia* griega, es un ideal de educación que se persigue no sólo en una etapa determinada de la vida, sino que designa el resultado de un esfuerzo educativo continuado, más allá de los años escolares y de formación académica, durante toda la vida. Más que hacer referencia a la mera transmisión de conocimientos durante una etapa concreta de la vida, alude a educación, a formación permanente del hombre como hombre a lo largo de toda su existencia. Comprende un proceso educativo que tiene por objeto el desarrollo de todas las partes de la naturaleza humana; designa, en definitiva, la formación integral del hombre adulto y del hombre entero -cuerpo y espíritu-, aspiración que fue expresada brillantemente, en una época ya tardía (s. II d. C.), por el poeta satírico Juvenal, con la afortunada expresión *mens sana in corpore sano* (X, 356).

5.- En el concepto de *humanitas* se hallan comprendidos, como he adelantado, otros valores, entre los que merecen destacarse el de la compasión, la afabilidad, la sinceridad, el interés por la suerte del semejante -la *uerecundia*, en definitiva-, un valor que sirve de base a toda forma de Estado, pues designa el "respeto" que se debe a los demás, tanto si son conciudadanos como si se trata de extranjeros; se opone a toda clase de brutalidad contra los congéneres y prohíbe comportarse con mayor dureza de la necesaria incluso con los esclavos, a los que, según leemos en una carta de Séneca a Lucilio, no hay que tratar de manera inhumana. El mismo respeto se ha de tener a los prisioneros, que deben ser tratados como seres humanos y no como criminales de guerra.

6.- En otro orden de cosas, en el mundo clásico era tenida en muy alta estima la *educación* -la *formación*- un bien que pertenece constitutivamente al ser humano, un valor consustancial a su naturaleza porque hay que cubrir la distancia que existe entre el ser y la plenitud del ser. El hombre no debe conformarse con mantener lo que le concedió la naturaleza; necesita, mediante la formación, desarrollar plenamente todas las capacidades y aptitudes, e incrementarlas hasta donde le sea posible, pues todos los pueblos, después de alcanzar en su evolución un determinado grado de desarrollo, están llamados por su propia naturaleza a practicar la educación; el ser humano, gracias a la educación, ha de tender a la superación del estadio primitivo, caracterizado por el espíritu de supervivencia y por un afán utilitario, y debe aspirar a la consecución del mayor grado de desarrollo de las capacidades de su ser para, de este modo, convertirse en un hombre completo, moralmente bueno, y fiel al servicio de la sociedad. Nacen de aquí dos consideraciones, que me parecen importantes, sobre la escala de valores del ciudadano del mundo antiguo: a) la primacía de la formación moral sobre la profesional, y b) la vocación de servicio a la comunidad. Por una parte, concedían más importancia a la formación como "hombre" que como especialista, y, por otra, la educación era vista como formación perteneciente, por esencia, a la comunidad, no como propiedad individual.

La formación profesional, que capacitaba al ser humano para ejercer una actividad específica, importaba -no cabe duda-, pero menos que la educación como ciudadano, cuya meta era hacer verdaderos hombres. Ahora bien, esta aspiración del ser humano no constituía impedimento alguno para que luego adquiriera una formación técnica especializada. Al contrario, la formación como persona lo facultaba para desempeñar su profesión, fuera la que fuera, con mayor celo y responsabilidad al servicio, siempre, de la comunidad. En esto consiste, en definitiva, el humanismo: en la atención al carácter social de la educación y la cultura: "Lo que llamamos cultura tiene como telón de fondo" -en palabras del profesor Vián- "la menesterosidad humana. El *animal* no tiene cultura porque no tiene posibilidad de modificar su entorno: se ha de atener a lo que hay, mientras que *el ser humano*, por acción inteligente,

modifica el medio en función de lo que necesita o quiere, y así crea unos modos de vivir, unas culturas" (*Ángel Vián Ortuño: Rector y Humanista. Homenaje*. "La investigación en la Universidad". Madrid, Editorial Complutense, 2002, p. 211). La persona "culta", aunque no haya alcanzado un alto grado de cualificación profesional, ha de perseguir su desarrollo, ante todo, como hombre. Las técnicas y los conocimientos -lo hemos leído muchas veces- no deben constituir un fin en sí mismos, sino que han de ponerse siempre al servicio del ser humano, subordinarse a él, y no al contrario.

7.- En la escala de valores sobre los que se sustentó la sociedad del mundo clásico latino, tanto en lo que se refiere a las relaciones internas como a las que mantenían con otros pueblos, goza de una posición de privilegio, por derecho propio, la *virtus*, término que se vio sujeto a la misma evolución semántica que el vocablo griego *areté*, valor central de la existencia de los romanos, entendido en primer lugar como valor militar o, más generalmente, como supremacía del varón digno de tal nombre, y que cualquier hombre libre puede perseguir pues no depende ni del patrimonio ni tampoco es un valor exclusivo de la nobleza, pues, si así fuera, los hombres que, gracias a su esfuerzo, consiguieron una posición destacada en el Estado (los *homines novi*), no podrían nunca ser poseedores de la virtud. Y sucede justo lo contrario: su derecho a hacer ostentación de la *virtus* es incluso mayor porque lo conseguido por méritos propios es más valorado que lo que se hereda. La virtud, en la mentalidad del mundo clásico, constituía un valor fundamental que, como subraya el profesor Fontán, "justifica la *historia*, como medio de proclamación de las virtudes (*ne sileantur virtutes*); (la virtud) suscita la admiración, inspira la conducta de los contemporáneos y de los venideros y se halla idealmente situada en los tiempos de los antepasados". En la "virtud" se reunía la vieja moral de la primitiva Roma, a la que seguían siendo fieles los ciudadanos romanos de la época republicana.

Importa destacar que la demostración de la *virtud* no estaba limitada a unas situaciones concretas ni a unas actividades determinadas. La *virtud*, entendida como "valor", "coraje", podía mostrarse en el campo de batalla, cuando se trataba de una situación bélica, pero también en

tiempo de paz, del mismo modo que puede hacerse visible en la superación de las dificultades. Unas veces aparecía como intrepidez y valentía frente al enemigo; otras, como capacidad de resistencia en situaciones difíciles o como capacidad de cálculo de las propias posibilidades, por lo que para un romano era difícil concebir la "virtud" separada del *labor* y de la *parsimonia*, si por *parsimonia* entendemos austeridad y capacidad de contentarse con lo que se tiene.

A lo largo de la vida de una persona son múltiples las situaciones en las que puede ponerse de manifiesto la *virtud*, en un grado mayor o menor según la magnitud del resultado alcanzado que es, en definitiva, lo que se acostumbra a tomar como criterio para medir la virtud, sobre todo los logros que redundan en beneficio de la comunidad, cuyos miembros no pueden o no deben pagar ni devolver el beneficio recibido de otra manera, moralmente correcta, que reconociendo, en las grandes personalidades de su comunidad, la existencia de determinadas virtudes, sean las que sean, pues el reconocimiento es el lado de la *virtus* que se puede ver.

8.- El espíritu de utilidad que guió a Roma en sus primeros momentos no desapareció nunca, pero, pasadas las primeras etapas en medio de continuadas luchas y de enfrentamientos con los pueblos vecinos que obligaban a actuar a veces "sin clemencia" y con poco respeto a los vencidos, se fue abriendo paso entre los romanos la idea de que el vencedor debía ser clemente y tratar a los vencidos con el respeto debido a cualquier ser humano; "respeto" que, bajo la denominación de *pietas*, constituía otro de los valores esenciales de los romanos, en el que se recogían los deberes no sólo con los vencidos, sino también con los dioses, los padres, la patria. La *pietas* tiene mucho que ver también con el respeto a la "tradición", a las costumbres y al modo de vida de los antepasados. Mientras que en el sistema educativo de los griegos la imitación de los héroes constituía una parte muy importante de la educación, en el romano, por el contrario, tenía un gran peso la imitación de los antepasados. La autoridad de la "tradición" recibida de los mayores servía de punto de referencia en la escala de valores, y era misión fundamental del educador mostrársela a los más jóvenes e inculcarles el *respeto* como ideal indiscutible y norma de toda clase de acciones y pensamientos. En Roma, las tradiciones, tanto

las nacionales como las propias de la familia -medio natural donde debe criarse y formarse el niño-, gozaron siempre de respeto y de consideración indiscutibles. "La fuerza de Roma" -dice Cicerón- "reside en sus viejas costumbres tanto como en la fuerza de sus hijos" (*rep.* V, 1). Las costumbres de los antepasados (los *mores maiorum*) constituían un valor que debía ser enseñado a la juventud como punto de referencia y de admiración común, útil para todos los aspectos de la actividad humana.

9.- Al lado del respeto y la admiración por las costumbres ancestrales, ha de ponerse el respeto y la estima a los ciudadanos revestidos de *auctoritas*, término que designa un concepto que, sólo en parte, responde a lo que actualmente suele entenderse por "autoridad". Lo que valoraban no era la autoridad impuesta por la fuerza y que tenía a su servicio medios coercitivos, sino la autoridad entendida como prestigio no impuesto desde dentro hacia fuera, sino reconocido espontáneamente por los conciudadanos. El "prestigio", a diferencia de lo que a veces se entiende por "autoridad", puede ser mayor o menor, puede aumentar o disminuir; y el de una persona puede superar al de otra, pero jamás se puede conseguir por procedimientos ilegítimos. La cualidad de la *auctoritas*, asociada casi en exclusividad al hombre público, se le reconocía en Roma sobre todo a los senadores que, por su edad y experiencia, eran capaces de emitir juicios sensatos y dar acertados consejos ante situaciones difíciles.

10.- En el catálogo de valores ocupaba un lugar no menos destacado que los otros la *fides* (la *lealtad*), concepto fundamental para mantener la convivencia dentro del Estado y la de Roma con los demás pueblos y la de los ciudadanos entre sí. La *fides* define la forma de ser de una persona o de un pueblo que hace que los otros depositen en ellos su confianza y, más que un atributo, indica la relación misma entre los hombres y regula las relaciones en tres campos fundamentales de aplicación: las del patrón con los clientes, las de Roma con los pueblos a ella sometidos, y las de los hombres con los dioses y entre sí. El valor de la *fides* proporciona estabilidad a la vida política y, por eso, era considerado la condición indispensable de una

verdadera comunidad. El mantenimiento de la palabra dada era garantía del normal funcionamiento entre los pueblos en virtud de la *fides* que en ella se empeñara, incluso la palabra dada al enemigo. Y la *fides*, entendida como el cumplimiento de la palabra dada, regulaba (y debería de regular también hoy) las relaciones entre los miembros de una comunidad.

11.- Con la *fides* -la "lealtad"- se relacionaba estrechamente la *iustitia*, hasta el punto de que el poeta Horacio las consideraba hermanas. Habla Horacio de "...*la hermana de la justicia, la incorruptible buena fe*". La "*justicia*", en el sentido de consenso dentro del derecho (*consensus iuris*), tenía por objeto evitar que nadie en el seno del Estado actuara con violencia contra otro miembro de la comunidad; en virtud de la justicia se procuraba atender, mediante la negociación, a las reclamaciones de cualquier persona y salvaguardar sus derechos. Si la *fides* era la garantía de que no se haría mal uso del poder y de que se evitaría sacar ventaja de una relación de superioridad y preponderancia, sobre la base de la *iustitia*, se apoyaba (o debería de apoyarse) la constitución del Estado y la obtención del Poder, y la práctica de este valor -el de la justicia- hacía que quien ostentaba el Poder pudiera disfrutarlo más plenamente al tener en sus manos la capacidad de evitar que alguien sufriera alguna clase de injusticia o que la felicidad de unos se consiguiera a costa de los demás.

12.- Terminó ya. Dado que nos hallamos en la Facultad de Filología y estamos celebrando el Acto de Graduación de Filólogos, no querría acabar esta breve intervención sin decir unas palabras acerca de la importancia que, para los clásicos grecolatinos, tenía la *palabra*, una de las dos poderosas armas que utilizaréis en el ejercicio de vuestra profesión; la otra la constituye el pensamiento, la actividad mental, las ideas; de *uerba* y de *res* hablaban los teóricos de la retórica latina. Efectivamente, este doble material -ideas/conocimientos y palabras- serán vuestras armas, vuestras herramientas. Las ideas se buscan y se adquieren con la información y con el estudio. Pero, sin la palabra -oral o escrita-, sirven de muy poco. Diría, sencillamente, que no existen. De ahí que en el mundo clásico la palabra, la destreza en el manejo de la palabra, haya tenido una

importancia capital. En Atenas y en Roma, sociedades fundamentalmente orales, la comunicación de ideas se hacía sobre todo por transmisión oral; la oralidad era la vía por donde fluía la información. Esto explica el interés de los padres en que sus hijos asistieran a las escuelas del *rétor*, una vez terminada la fase de aprendizaje con el *grammaticus*, para aprender y dominar las estrategias comunicativas y ejercitarse en el manejo de la palabra. Estaban convencidos de que aprender a hablar bien serviría para pensar bien e incluso para vivir bien. De acuerdo con las enseñanzas de los clásicos, es importante "saber", pues, como dijo Cicerón, "Nadie puede hablar de lo que no sabe, salvo de un modo del todo lamentable", pero no basta con "saber"; tan importante es dominar y cuidar la expresión lingüística de las ideas; es decir, manejar la lengua con corrección y de manera bella. Si así lo hacéis, tendréis en vuestras manos un arma poderosísima, capaz de proporcionaros grandes éxitos y satisfacciones.

Cuando leemos en los textos literarios la exaltación de los valores del pasado, encarnados en personajes concretos y puestos de manifiesto en actuaciones singulares, se nos está animando a igualar o, al menos, a acercarnos lo más posible a esos paradigmas de conducta. He dicho antes que la "virtud", la práctica de la virtud, justificaba la *historia* porque, gracias a ella, no caían en el olvido los valores de los antepasados, sino que sus virtudes quedaban iluminadas con la luz que sobre ellas proyectaban los historiadores para que pudiéramos seguirlas como ejemplo. Son claras, en este sentido, las palabras programáticas de Tito Livio en el prefacio de su monumental obra histórica: "Lo más saludable y fructífero en el estudio de la historia es que se contemplan lecciones de todo tipo expuestas a la luz de una brillante obra literaria. De ella se pueden sacar modelos que imitar, de ella también experiencias que evitar por sus desastrosos principios o sus desastrosas consecuencias".

Que la *historia* sea para todos nosotros una instructiva y edificante *maestra de la vida*. Que la práctica de los valores clásicos que he recordado os sirvan para caminar por la vida con decisión, seguridad y éxito.

Termináis una etapa, la de la formación (aunque ésta -lo hemos dicho antes- no termina

o no debe terminar nunca). E iniciáis otra, en medio de muchas y grandes incertidumbres. Recuerdo haber leído -no recuerdo exactamente dónde- que "incertidumbre" significa que cada uno ha de modelar su futuro, sin imposiciones; incertidumbre es libertad. Habéis de estar alerta y atentos a todas las oportunidades que, sin duda, se os presentarán. No abandonéis vuestras ilusiones ni vuestros sueños; no renunciéis a alcanzar las metas que os habéis fijado. Para todos hay siempre un espacio, un lugar en el que cada uno de vosotros podrá desarrollar sus capacidades, porque nunca sabemos de qué somos capaces hasta intentarlo. Con trabajo, esfuerzo, coraje, constancia, lealtad e ilusión llegaréis adonde ahora ni siquiera podéis imaginar. A otros nos ocurrió antes lo mismo.

Os deseo mucha suerte en el ámbito profesional, pero también en el personal, que no es menos importante.